

JULIO CORTÁZAR: FILOSOFÍA DE UN FLÂNEUR

Roger Vilain
Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)
Dirección de Identidad y Misión
rvilain942@puce.edu.ec

Fecha de envío: 15 de octubre de 2024

Fecha de aprobación: 20 de noviembre de 2024

Resumen

Julio Cortázar practicó el arte de la *flânerie* desde muy joven. Durante su hacer literario -tanto en su obra de ficción como en la ensayística y en sus libros de género inclasificable- evidenció al flâneur que llegó a ser, teniendo como características fundamentales la “contemplación”, la “mirada” y la búsqueda de lo que él mismo llamó “lo hondo”. A partir de tal condición hurgó en el día a día, en la cotidianidad típica de nuestras sociedades occidentales contemporáneas y apoyándose en esa realidad creó una propuesta literaria y una forma de existencia tan peculiar como fascinante. La crítica social y el llamado a mirar distinto estuvieron siempre presentes en su arte poética. Su filosofía de vida se construyó en gran medida a propósito del ejercicio de la *flânerie*, sustentada en la asunción de una manera de hacer literatura y de concebir lo cotidiano sobre la base de búsquedas y hallazgos atinentes al flâneur. De lo anterior ha pretendido dar cuenta este trabajo mediante una investigación documental en el marco de la hermenéutica gadameriana. Su enfoque epistemológico es intuitivo-introspectivo.

Palabras clave: Julio Cortázar, *flâneur*, *flânerie*, mirada, contemplación.

Abstract

Julio Cortázar practiced the art of *flânerie* since a very young age. In his oeuvre, including his fictional works, essays and other books difficult to classify, he gave evidence of the *flâneur* he came to be, mainly characterized by his “contemplation”, his “gaze”, and the search for what he called “the depths”. Parting from that condition, he inquired the typical daily life of our contemporary Western societies and from that reality he created a literary proposal and a way of being that were, at the same time, peculiar and fascinating. The social critique and the call for a different way of seeing things were always present in his literary craft. His philosophy of life was built in a big measure through the practice of the *flânerie*, based on the assumption of a way of making literature and of conceiving daily life guided by the searches and discoveries inherent to the *flâneur*. This research intends to give account of all the aforementioned through a documental investigation inscribed in the framework of the gadamerian hermeneutics. Its epistemological approach is intuitive-introspective.

Keywords: Julio Cortázar, *flâneur*, *flânerie*, gaze, contemplation.



Imagen generada por I.A

Palabras iniciales

Estar en el mundo equivale a cumplir funciones vitales: nacer, crecer, desarrollarse, reproducirse, morir. En el reino de lo vivo estar en el mundo, aparte del cumplimiento inexorable de lo anterior, no caben mayores expectativas, salvo la excepción humana.

El ser humano es un animal particular por varias razones. Una de ellas, quizás la más importante, es el lenguaje doblemente articulado del que hace gala¹, el cual le permite asir el mundo, aprehenderlo de forma única en tanto especie gracias a un cerebro lo suficientemente evolucionado capaz de abstraer, simbolizar, razonar, crear moral, hacer arte y un complejo y largo etcétera. Sobre la base de esta caracterización es posible llevar a cabo actividades típicas de lo humano. Entra en juego aquí la contemplación, hecho que exige formas de aprehensión de la realidad vinculadas con, por ejemplo, el paseo (la *flânerie*), el silencio interior, la capacidad de observación que trasciende la acción cotidiana de “mirar” superficialmente y el descubrimiento de ámbitos y aspectos de la ciudad, de la calle, ocultos a quienes, como alguna vez sugirió Cézanne, carecen del tino para ver el olor de las cosas.

Nace así un personaje que en la Modernidad caló hondo en la literatura. También en el cine y en la pintura. Se trata del *flâneur*, paseante urbano en cuyas directrices están siempre presentes lo contemplativo y la mirada puesta en intersticios de la

1 Para una aproximación detallada al lenguaje como hecho fundamental de la condición humana, Cfr.: Steiner, George (2009). *Extraterritorial. Ensayos sobre la literatura y la revolución del lenguaje*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

ciudad que de otro modo escaparían a la conciencia. “Durante el estado contemplativo”, sostiene Byung-Chul Han (2015), “se sale en cierto modo de sí mismo y se sumerge en las cosas” (p.38), asunto relevante en el caso del *flâneur*, quien sin rumbo fijo ni objetivo específico sale a la calle con los poros abiertos. Nietzsche también concibió la necesidad de hacer un alto y contemplar, no específicamente con el interés apuntando al *flâneur* pero sí como mecanismo urgente para alcanzar sosiego, cuestión capital, añadimos, para la práctica de la *flânerie* (el paseo propiamente dicho). En palabras del filósofo alemán: “Cuéntese, por tanto, entre las correcciones necesarias que deben hacerse al carácter de la humanidad el fortalecimiento en amplia medida del elemento contemplativo” (Nietzsche: 2007, 180).

El *flâneur* ronda las calles

En tal sentido el *flâneur*, individuo que salta a la calle y contempla, observa, se sumerge en medio de sus pasos en la ciudad que habita y percibe otros matices, cobra en las artes fuerza inusitada en la París del siglo XIX. Será Baudelaire quien al respecto y a partir de su condición de pionero vierta en la literatura el carácter y prácticas específicas del *flâneur*, en su deambular por las calles de la capital francesa. Es Baudelaire quien escribe sobre la ciudad y sobre esa actividad consistente en arrojar-se a la calzada para transitar perdido entre transeúntes con nuevos ojos, con nueva forma de vislumbrar cuanto le rodea. En su ensayo *Obra de los pasajes* (2013) Walter Benjamin sostiene que “París llegará a ser, con Baudelaire, el objeto poético específico correspondiente a una poesía cuyo arte no ofrece patria alguna sino, antes bien y en mayor medida, la mirada que arroja el alegórico al encontrarse frente a la ciudad: la mirada de su extrañamiento. Es la mirada propia del *flâneur* (...)” (p.66).

Aquí la noción de extrañamiento implica un concepto abaricante. Supone andar, pasear, echarse a las calles conocidas y ser capaces de hallar, a través de la *flânerie*, realidades no consideradas ni asimilables toda vez que sólo se está en la calle en función del hecho práctico de atravesarlas con un fin particular. El vértigo de la cotidianidad, el plan preconcebido que resulta fundamental llevar a cabo cuando se transita por la acera y la velocidad inherente al modo de vida que poco a poco va ganando fuerza acaban por “desextrañar” a la urbe, sus calles, sus laberintos, su arquitectura, su rostro que para el *flâneur* siempre dice algo nuevo. Con toda razón Benjamin afirma que el *flâneur* encarna la figura del ojeador en el mercado (...)” (2013, 89). Un ojeador que aprendió a mirar de otras maneras.

Para mirar de otras maneras se hace necesario suspender el juicio que ejercemos día a día, es decir, es preciso echar a un lado el objetivo que por lo general abraza todo caminante, el fin último por el que casi siempre salimos a las calles y entregarse, como hemos mencionado antes, a la tarea de contemplar y con ello percibir, aprehender, extrañar, permitir un estado de ánimo y un simple “estar” abierto, poroso, capaz de adentrarnos en la condición de *flâneur*. Benjamin lo dice con una alegoría: “el que va caminando largo tiempo a través de las calles sin marchar dirigido a alguna meta cae en un estado de embriaguez” (2013, 672), lo cual es justamente el paso previo que decanta en un estado de conciencia diferente,

como es el “fenómeno de una percepción ‘deambulatoria’ del espacio” (2013, 675). Tal es “la experiencia propia y fundamental para el *flâneur*” (2013, 675) que tiene como base de acción a la ciudad.

Tengamos en cuenta que el *flâneur* no hurga de modo racional en la actividad que desarrolla. Y no lo hace por motivo inherente a la naturaleza de la *flânerie*, no otro que captar el mundo, la ciudad, la sociedad a la que pertenece prescindiendo del tamiz cartesiano típico de la Modernidad. Nuestro paseante aprehende de lo circundante aquello que le llega a través de la intuición, de la contemplación, de la mirada, del silencio, de la posibilidad de la abstracción previa a la irrupción de un estado otro de comunicación. Es lo que el mismo Benjamin expresa, siguiendo a Edmond Jaloux: “Salir cuando no hay nada que te obligue a ir avanzando según la inspiración, como si el sólo hecho de torcer a derecha o izquierda fuera un acto poético en sí mismo” (2013, 701).

Lo anterior supone un elemento clave en el arte de la *flânerie* y con esto nos referimos al hecho de dejarse sorprender. La sorpresa es lógica deriva de quienes descubren otros pliegues, otras capas en el mosaico de la rutina diaria, con lo que el extrañamiento gana fuerza y razón de ser. Sin él no existen mayores posibilidades para la sorpresa, de manera que ésta se troca en piedra fundacional de hallazgos inéditos y develamientos que, caso contrario, jamás dejarían de estar ocultos. “En nuestro mundo uniformizado”, continúa refiriéndonos Benjamin, esta vez tras las ideas de David Hálevy: “hay que marchar sobre los propios pasos y, además, en profundidad; el extrañamiento, la sorpresa y hasta el exotismo más chocante se encuentran siempre cerca de nosotros” (2013, 713). La palabra sorpresa, aquí, bajo ningún concepto es nada más que casualidad.

Brenda Iglesias en *Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad* (2008), cuenta que Lewis Mumford se pregunta y a la vez responde una cuestión fundamental: “¿Qué es la ciudad? ¿Cómo se originó? ¿Qué procesos promueve?” (p.244), y su respuesta es que no existe definición absoluta al respecto. Las interrogantes de Mumford son pertinentes porque la *flânerie* es un proceso de observación y un “estar” que sin ellos no podría existir. La ciudad, sus calles y sus laberintos dan cuenta, entre otros miles de procesos, de la actitud del caminante que llamamos *flâneur*, con sus características auestas y su razón de ser. Es la ciudad el marco propicio para el resultado final, para la aparición de un modo de observar la vida y la realidad que difieren por completo de las conductas que la ciudad misma y su vorágine fueron perfilando a lo largo del tiempo. La ciudad, entonces, como el punto de partida que a la vez “procesa” maneras de estar en ella -las típicas del quehacer diario- y, asimismo, la ciudad vista como capaz de “procesar” modos distintos de aproximarse -el *flâneur*, la *flânerie*-. Iglesias manifiesta en tal sentido: “Quedan las ciudades que como espacios contenedores de nuestra existencia, constituyen nuestra experiencia urbana, nuestro ser-en-ciudad” (Iglesias, 2008,245).

Ser-en ciudad que demarca cuando menos una doble instancia, siendo ésta la de concebirla desde el plano de lo rutinario y cotidiano y la del plano que transita otros caminos: el del *flâneur* y su particular concepción no sólo de lo urbano sino también de cómo vivirlo y aprehenderlo. ¿Ejemplo?, lea-

mos a Cortázar: “Monotonía de los paraderos? A nosotros nos parecen cada vez más variados, los sentimos y vivimos como a microcosmos en los que nuestra cápsula roja aterriza cada día como en planetoides ignotos” (Cortázar, 1996,303).

No existe una conceptualización absoluta, definitiva, del *flâneur*. Siguiendo a Benjamin² diremos que éste se asocia inevitablemente con la mirada, el ocio, el caminar, la curiosidad, la contemplación, el desapego. A propósito, Fiona Songel (2021) sostiene que el *flâneur* protagoniza “un caminar sin prisas, abandonándose a la impresión del momento, cuanto un ‘complacerse en la inacción’” (p. 20). Supone lo anterior que en la *flânerie* debe existir ocio en el sentido de que pasear no implica la consecución de un objetivo en función de un plan determinado. Se pasea y esto basta, esto constituye un fin en sí mismo.

Es necesario hacer la salvedad de que la finalidad (su teleología) del *flâneur*, diferente a objetivos con alcance materialista, sería inútil y ociosa a los ojos de nuestras sociedades condicionadas por motivaciones utilitaristas. Existe una búsqueda, al fin y al cabo, establecida sobre la base de hallazgos sólo posibles gracias al hecho mismo de la *flânerie*, desprendidos éstos gracias a las hendiduras de la entrevisión, ésa incapaz de irrumpir en el plano del día a día, de lo estrictamente cotidiano mediado por un utilitarismo profundamente enraizado en Occidente. El *flâneur* es un ser curioso³, requisito indispensable para que la entrevisión emerja. No en balde en *Historias de Cronopios y de famas* (2016) Julio Cortázar llega a escribir:

Cuando abra la puerta y me asome a la escalera, sabré que abajo empieza la calle; no el molde ya aceptado, no las casas ya sabidas, no el hotel de enfrente; la calle, la viva floresta donde cada instante puede arrojarse sobre mí como una magnolia, donde las caras van a nacer cuando las mire, cuando avance un poco más, cuando con los codos y las pestañas y las uñas me rompa minuciosamente contra la pasta del ladrillo de cristal, y juegue mi vida mientras avanzo paso a paso para ir a comprar el diario a la esquina” (p.10).

La condición de *flâneur*, como podemos inferir, va de la mano con la práctica de la errancia, asunto por lo demás inherente al ser humano. No obstante, la errancia que nos interesa aquí es aquella privilegiada por la calle, y en especial por ciertos lugares de la ciudad que dadas sus configuraciones han sido fuente de atracción y exploración particular. Leyendo a Fiona Songel, esta autora esgrime que “en las ciudades esta errancia privilegia los *terrain vague*, una especie de ‘mapa nómada’ de lugares vacíos y carentes de límites y por tanto rebosantes de posibilidades que se le ofrecen al *flâneur* en su paseo” (Songel, 2021,25).

2 Benjamin, Walter (2013). *Obra de los pasajes*. Obras, libro V, vol.1. Madrid: Abada Editores.

3 Toda una aproximación al *flâneur* en tanto individuo curioso puede encontrarse en: Huart, Louis (2018). *Fisiología del flâneur*. Madrid: Gallo Nero.

El *flâneur* busca, en medio del bullicio de las calles atestadas, la soledad y el silencio. Con esto marca distancia del contexto y observa los pliegues que se abren y será posible hallar lo que para el grueso de los transeúntes pasará por completo inadvertido.

Baudelaire (1995) sostendrá que el *flâneur* “es un príncipe que disfruta en cualquier lugar de su situación incógnita” (p. 87). Se inmiscuye con cautela en la ciudad que lo cobija pero sin sumergirse del todo. Hay que repetirlo: no se confunde con el paisaje que transita y contempla sino que lo camina desde una orilla muy particular, no otra que la del participante soterrado. Es lo que nos cuenta Ana Carrasco-Conde (2016) cuando manifiesta: “La observación del *flâneur* (...) necesita siempre una distancia, pero es una distancia corta con la suficiente perspectiva para estar en la multitud sin ser parte de ella y que le permite mirar como un extraño que parece cotidiano, cercano” (p. 108). En tal sentido, Carrasco-Conde continúa diciéndonos que para Benjamin el *flâneur* es asimismo una especie de coleccionista -colecciona espacios invisibles para los otros, trozos de la arquitectura de un edificio, por ejemplo, los cuales en general pasan desapercibidos- por lo que

todo objeto le sirve, y todo objeto puede convertirse en el punto-ahora que aúne lo cercano con lo lejano, el presente con el pasado. De los objetos y de sus fotografías podrá extraerse un ‘interés fisiognómico, político y científico’, como afirma en su breve historia de la fotografía (Carrasco-Conde, 2016,109).

Ante la ciudad que nunca es la misma, que cambia con la Modernidad y que deja rastros en una especie de “conciencia histórica” (Carrasco-Conde, 2016,120), el *flâneur* se desplaza sigiloso como un psicoanalista que desde afuera contempla y observa, hurga y encuentra. Para esto es necesario el extrañamiento ya mencionado anteriormente, cuestión que marcará la andanza sin la cual lo cotidiano y permanente engañarán a los sentidos, a la conciencia, a la esquiva entrevisión aludida párrafo atrás.

Sólo podemos pasear como el *flâneur*, cambiar de recorridos y rutas, salirnos del camino (...), encontrar pistas y rastros, como el detective, narrarnos andando como nos orientaría un psicoanalista para tratar de escuchar los latidos de la polis y de conformar una manera equilibrada de poder habitar (Carrasco-Conde,2016,120).

Tomando la idea del *flâneur* como detective que Carrasco-Conde maneja, pensemos que para él la calle trasciende lo esperable. Sin bien callejear supone encontrar siempre aquello que no sorprenderá demasiado puesto que cabe en los límites de cuanto la calle puede darnos, para un *flâneur* pasear va más allá de lo esperable. Cuando un transeúnte cualquiera se halla frente a lo que no espera, se incomoda de inmediato y da la espalda a semejante hecho, alejándose, huyendo, retrotrayéndose a propósito de lo acon-

tecido. Lo no esperable para el *flâneur* es justo la realización quizás de su única búsqueda: aquello proveniente de la entrevisión.

Así, el *flâneur* crea a su manera la calle a partir de sus vivencias mientras la transita, gracias a la condición simbólica que los seres humanos poseen de manera natural y en función de sus particularidades. Comenta Virginia Rodríguez Herrero (2016), en relación con lo simbólico, que “se refiere al modo como creamos la calle, no porque esté construida materialmente, sino por ser un elemento que como idea se define, se crea y se deconstruye a partir de lo que significa y de las relaciones que establecemos en y con ella” (p. 62).

La calle, por donde se realiza y cobra carnadura la *flânerie*, es punto focal, objeto de simbolización del *flâneur*, elemento clave de la entrevisión ya referida. Simbolización e intuiciones conforman hallazgos, encuentros con lo inesperado, construcción de un entramado semántico que permanece oculto para otros.

El *flâneur* bebe del caos, se alimenta de la urbe que bulle y reverbera por todos los flancos. La calle es el constructo material donde converge una red de funciones prácticas establecidas para facilitar la vida diaria: la comunicación, el desplazamiento, el mercado, el consumo, la diversión, el trabajo, etc. Se trata de la heterotopía⁴ aludida por Michel Foucault, o sea, el colectivo humano en plena efervescencia y en plena irradiación de conflictos, problemáticas, desbarajustes, desórdenes, desacuerdos. De lo anterior el *flâneur* saca en limpio todo cuanto es capaz de vislumbrar gracias a la labor que realiza, a partir de la lectura ciudadana susceptible de generar nuevas significaciones, nuevas interpretaciones, nuevas revelaciones. La ciudad, la calle, vistas como espacios plásticos en los que caben la reinención y el juego con el entorno, que no permanece inmutable sino que fluye, tanto en lo material como en lo simbólico.

De la heterotopía de lo urbano pudiéramos pensar que consolida el caos, asunto que es preciso revisar con cuidado. Leamos unas ilustrativas líneas de Manuel Delgado (1999):

La ciudad, dicen, es un texto que puede ser leído y, en efecto, ha habido intentos por percibir el paisaje urbano como un todo coherente en que se inscribe un discurso. Ahora bien, esa ciudad considerada como texto, ¿es realmente inteligible? Podría sospecharse que no, que sólo es un galimatías ilegible, sin significado, sin sentido (...) que no dice nada, puesto que la suma de todas las voces produce un murmullo, a veces un clamor, que es un sonido incomprensible, que no puede ser traducido puesto que no es propiamente un orden de palabras” (p.189).

No obstante la cita anterior, el *flâneur*, sobre la base de semejante ruido ciudadano, extrae significados particulares, signos que podrán decir algo. Tal es el *quid* de la

4 Un tratamiento profundo de la noción de heterotopía puede hallarse en: Foucault, Michel (1991). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.

cuestión, es decir, tal es el sedimento que arroja la contemplación, la observación, la entrega que nuestro personaje protagoniza, no otro que darse de frente con ciertas decodificaciones, inadvertidas como hemos dicho ya, para la inmensa mayoría.

Julio Cortázar en escena

Julio Cortázar (1914-1984) fue un escritor argentino quien desarrolló, entre Argentina y Francia, su quehacer literario. Creemos que desde su filosofía de vida y su condición de *flâneur*, legó a la literatura un modo de exponer temas y tratar el lenguaje que sentó las bases de la nueva narrativa latinoamericana. No en balde fue pieza clave del conocido *Boom* de la literatura en Latinoamérica durante la década de los sesenta.

Cortázar vivió hasta sus últimas consecuencias la *flânerie*. Encarnó de modo fulgurante el *flâneur* aún desde su juventud, mientras se desempeñaba como maestro en una escuela del interior de su país. Tal y como hemos afirmado antes, el hecho de observar, de “mirar” de manera diferente es característica fundamental en el *flâneur*. No podría ser de otro modo, toda vez que a partir de esa práctica se produce el clima necesario para percibir cuanto está oculto. Cortázar se entrega a la calle, sin objetivos previos ni tiempo como límite. A partir de semejante disposición la ciudad es laberinto digno de ser descifrado. Con toda razón llega a decir: “No tengo proyectos específicos; cada día creo menos en los proyectos, y amo dejarme llevar por el instante, por lo que se presenta inesperadamente” (Cortázar, 2012,166). He aquí dos elementos que siempre acompañan al *flâneur*: la ausencia de proyecto específico y la sorpresa. Cortázar vivió cada día dejándose sorprender, lo cual es estímulo básico para abordar la *flânerie* y lo cual a su vez va de la mano con la búsqueda de lo extraño, lo extraño que bien puede irrumpir en la cotidianidad, sin más razones que la práctica de un mirar a contrapelo de lo acostumbrado. Leamos al escritor: “¡Hay tan poca hondura en esas almas entregadas a lo cotidiano como si lo cotidiano fuese lo esencial y lo único necesario!” (Cortázar, 2012, 166).

Es posible notar en las palabras del escritor otro hecho clave del *flâneur*, como es hurgar en lo aparente para desde la contemplación hallar lo incógnito. En medio de lo cotidiano, como manifiesta Cortázar, el alma no gana hondura, por lo que es preciso buscar lo esencial, ubicado más allá de cuanto se nos aparece en la rutina diaria.

Para ello tiene a la ciudad, a la calle, como centros neurálgicos para pasear, para que la *flânerie* haga de las suyas. Notemos la disposición del *flâneur*: “Estoy de vuelta en el trabajo después de un mes de relativo descanso (...) Opté por mi casa y las caminatas por la ciudad” (Cortázar, 2012,286). Caminar, andar, entregarse a la tarea de abstraerse en medio de la multitud, del bullicio, de lo ciudadano como desbarajuste y, siguiendo a Foucault, de la heterotopía. Es aquí donde emerge la entrevisión, en el desorden de la calle y la complejidad de la urbe por la que transitamos. En carta a su amigo Fredi Guthmann, fechada en 1949, Cortázar manifiesta: “Es una lástima, porque me hubiera gustado encontrármelo [a usted] en Europa y vagar juntos” (Cortázar, 2012,296). El empleo del verbo vagar no es casualidad ni azar puesto que expresa muy bien el talante, la disposición del argentino para la errancia ciudadana.

Julio Cortázar intentó darse de bruces con la entrevisión

sión, que irrumpe de la poesía “sintiéndola nacer en lo hondo” (subrayado nuestro). Vale la pena leerlo de su puño y letra:

Es terrible como nos atrincheramos en las categorías lógicas. Sólo en la poesía cedemos a esa posibilidad-de-que-las-cosas-sean-de-otra-manera, y es por eso que las entrevisiones de la realidad supra-sensible sólo se nos den a nosotros en la poesía, ya sea leyéndola o sintiéndola nacer en lo hondo (Cortázar, 2012,322. Subrayado nuestro).

“Sintiéndola nacer en lo hondo” -a la entrevisión-. ¿Y qué implica “lo hondo”?, creemos que, entre otras cosas, aquello que fluye por ejemplo al contemplar, al observar distinto, al echarse a la calle como *flâneur*, y fluye a la superficie y puede así aprehenderse sin pasar por el cedazo de la razón. La lógica, el mundo cartesiano que debe suspenderse para adentrarse en lo hondo. Raquel Arias Careaga (2014) comenta al respecto lo siguiente: “Con los amigos que van llegando a París desarrolla aún más esa facultad lúdica y despreocupada, esa sensación de alejarse de la perspectiva impuesta por la razón para descubrir y encontrar novedades en cada rincón de la ciudad” (p.83).

Deslastrarse un momento de la lógica cartesiana supone el paso previo a la entrevisión. El *flâneur* que es Cortázar da cuenta de esta práctica, que no sólo cabe en la *flânerie* como tal sino en otros ámbitos de la vida en general. La lógica suspendida y la sorpresa como búsqueda constituyen una dupla sin la que no existiría el Julio Cortázar *flâneur*. Consideremos nuevamente las palabras de Arias:

Cortázar se niega a perder la capacidad de sorpresa, se niega a asumir París como una realidad dominada de la que es un experto. Por el contrario, camina por la ciudad poseído por esa capacidad frente a sus visitantes que mantienen una actitud mucho más distanciada y menos proclive a la admiración de lo nimio (Arias, 2014,84).

Lo nimio, eso capaz de sorprender cuando se está disponible para que la entrevisión ocurra, florezca, se abra de par en par desde lo hondo. Lo hondo se ubica enfrente si se es capaz de aprehenderlo y vence entonces a la rutina y a la cotidianidad. Por eso Cortázar, el *flâneur* incansable, abraza el extrañamiento, pretende ser seducido por éste cada vez, y pretende además que lo acompañe siempre. Notemos cómo lo expresa en una carta a Eduardo Jonquières el 24 de febrero de 1952: “Yo quisiera que París se me diera siempre como la ciudad del primer día. Llevo aquí cuatro meses: pero llegué anoche, llegaré otra vez esta noche. Mañana es mi primer día de París” (Cortázar, 2012,352).

Cortázar, la mirada

Junto a lo anterior es preciso afinar la mirada, lo que supone, como llegó a decir Fiona Songel, “aprender a perderse”. “El objetivo no es”, afirma Songel, “aprehender un cierto modo de mirar e interpretar lo que sus calles tienen que decir: es adquirir una

nueva actitud perceptiva” (Songel, 2021,32). Y es en tal actitud que Cortázar se detiene y reconoce su importancia. Es consciente de que las maneras de mirar son fundamentales, y en consecuencia intenta aprender a hacerlo para así atrapar otra perspectiva de las cosas. Cortázar lo expresa a su modo en carta a María Rocchi:

Acepto el reto, tienes muchísima razón. Lástima que la razón... En fin, tú sabes (...) Quisiera poder mostrarte, por ejemplo, un atardecer en el *Pont du Carroussel*. Venía del Louvre con una amiga, y nos paramos a mirar *Notre Dame*, lejana, entre una bruma azul. Entonces en menos de un minuto ocurrió el milagro, la locura absoluta. Los faroles de gas se encendieron de golpe, y la piedra de los pretilos, yo no sé por qué mezcla de aire y luz, se puso intensamente rosa. Nosotros la mirábamos mudos. Entonces vimos que la proa de la *Cité* y las torres lejanas habían pasado instantáneamente a un violeta profundo, y a la vez el río estaba verde, un verde lleno de oro (Cortázar, 2012,349).

Es importante esta cita larga porque traduce la función de la mirada, que recoge esta vez un punto de luz apenas durante el tiempo suficiente para reconocerla e incorporarla a la andanza a pie con la que el escritor descubre la ciudad. Algunos párrafos después Cortázar escribe: “(...) camino y miro. Tengo que aprender a ver, todavía no sé” (Cortázar, 2012,350).

Para Cortázar-*flâneur* resulta imperativo evitar que la lógica, la razón, impidan el paso de cuanto proviene de lo que él mismo, como vimos, ha llamado “lo hondo”, asunto que exige un ejercicio constante de paseos, de contemplación, de progresiva suspensión del juicio, de entrenamiento del mirar, del observar.

De observar como *flâneur* depende captar otros sentidos y otras realidades existenciales y estéticas. Como llega a reconocer, aún no sabe hacerlo, es un aprendiz que intenta dar un paso al frente tras la sorpresa, y bajo ella concebir los intersticios de la ciudad, del día a día, con su carga de rutina y de repetición. El maestro Cortázar -maestro en el arte de la *flânerie*- hace los pininos al respecto y se detiene justo en el nódulo más sensible del proceso: mirar y sorprenderse. Dejemos que exponga con sus palabras lo que venimos comentando:

Es ahora que debo vigilar mi visión, mi manera de situarme frente a cosas que cada vez conozco mejor; es ahora que debo impedir que los conceptos me escamoteen las vivencias (...) Quiero que la maravilla de la primera vez sea siempre la recompensa de mi mirada (Cortázar, 2012,352).

La actividad del *flâneur*, necesariamente un solitario, no está exenta de placer. La lentitud y entrega a la tarea de andar por calles, callejuelas, pasajes, escondrijos... equivale al alcance de un ocio religado con la paz, el equilibrio, la alegría, la sorpre-

sa a cada instante y por supuesto el goce. Ha sido Franz Hessel quien deja bien sentada esta feliz característica, cosa que reconoce Cortázar no sólo en sus múltiples ensayos sino también en su obra de ficción. La alegría por lanzarse a deambular, la felicidad inherente a la *flânerie* que lleva a cabo con asiduidad salta a la vista. De Hessel podemos leer en el texto de Songel: “Caminar lentamente por las calles repletas de gente proporciona un placer especial” (Hessel, 2015, 19). Se trata del placer típico “del *flâneur* parisino en el ritmo lento y curioso de los pasajes de su ciudad”, según refiere Songel, quien continúa añadiendo que

la tristeza de los detalles urbanos en los que se fija [el *flâneur*] hacen de la ociosidad su rasgo más característico, pues el interés y la serenidad que requiere su estudio no están al alcance del transeúnte que vive sometido al ritmo acelerado que la ciudad moderna reclama (Songel, 2021,33).

Mirada, placer y ocio, ingredientes *sine qua non* de todo *flâneur*. Los evidenciamos en Cortázar:

Sigo mirando. Mirando. No me cansaré de mirar. Observo que los argentinos que llegan andan por las calles mirando sólo de frente, como en Buenos Aires. Ni hacia arriba ni hacia los costados. Se pierden todos los increíbles zaguanes, las entradas misteriosas que dan a jardines viejos (...) Creo que irrito un poco a mis compañeros de paseos por mis detenciones y desapariciones laterales a cada momento (Cortázar, 2012,428).

Nótese el placer intrínseco al anecdotario de felicidad que expresa Cortázar en esta cita. Y en relación con el ocio, basta leerlo otra vez: “Me dejo ir, soy un inmenso vago. Pero creo tener algún derecho a serlo” (Cortázar, 2021,371).

Para mirar como mira el *flâneur*, Julio Cortázar tiene la clave: no perder la lúdica mirada del niño. En su filosofía de vida, el escritor reconoce el carácter fundamental de ver con otros ojos, no contaminados por la adultez y por las vicisitudes de la existencia. Observar con impronta pueril acerca a la belleza, aleja de los prejuicios y devela la verdad oculta entre los avatares del quehacer diario.

Por su condición natural, los niños no esquivan lo oculto tras las apariencias. Descubren, se sorprenden, juegan solos, ven y disfrutan las sorpresas en medio de la yuxtaposición de objetos que los rodea. Es la mirada infantil condición obligatoria para que el *flâneur* complete su tarea de exploración y hallazgo. Fiona Songel comenta sobre el *flâneur* y la mirada del niño: “El niño no sabe de nombres cultos ni grandes monumentos, y eso le otorga facilidad para fijarse en los pequeños detalles que pasan desapercibidos al adulto condicionado por la cultura” (Songel,2021,66).

Salta a la vista la suspensión del juicio lógico para que la entrevisión pueda tener lugar. Así, lo encontrado podrá

ser material para el ejercicio de una posterior crítica. El *flâneur*, y Cortázar específicamente, llevan a cabo señalamientos y crítica social, por lo que la *flânerie* no implica sólo un hacer contemplativo sin más. Continúa manifestando Songel:

La facultad mimética de los niños ‘les permite ir reconociendo y produciendo semejanzas no sensoriales que posibilitan la identificación entre una palabra y un objeto y una acción’ (Lesmes, D. *El flâneur, errancia y verdad en Walter Benjamin*). La clave de esta facultad infantil que Benjamin parece encontrar en el *flâneur* es el hecho de que facilita la empatía, permite al observador hacerse ‘semejante’ al observado. Este rasgo es fundamental para que la tarea del *flâneur* pueda dar lugar a crítica y no permanezca como mera observación carente de trasfondo (Songel,2021,66).

Si algo atraviesa por completo al Cortázar *flâneur* es el transvase de lo observado y la crítica que con profundidad lleva a cabo en su obra. De este modo hallamos en sus libros -ensayo o ficción- un entramado crítico relativo a nuestras sociedades contemporáneas. Dictaduras, economías inequitativas, abusos de poder, explotación laboral, marginación, éstos y otros temas del presente son tratados y denunciados con tino y con fuerza por el escritor argentino. Lo anterior nos muestra que Julio Cortázar contradice cuanto a veces se afirma del *flâneur* y sus relaciones con la sociedad en la que vive. Cierta egoísmo, individualismo exacerbado, egocentrismo y hasta indolencia para todo aquello que no conforma su esfera de intereses personales. Nada más alejado de nuestro autor. Es cierto que el *flâneur*-y Cortázar no es la excepción- requiere del alejamiento necesario para la errancia que significa su andar a propósito de la *flânerie*, pero es asimismo verdad que tal condición forma parte de su psicología mas no de su estar en el mundo.

Songel explicita tal realidad cuando nos dice: “La psicología del *flâneur* cae en el individualismo. De este modo, la facultad empática que le permite a nuestro personaje leer la ciudad con facilidad se complementa con la facultad mimética que extrae de su parte más infantil” (Songel, 2021,67). Necesariamente, su labor como *flâneur* es solitaria, individual, pero de ningún modo egoísta. Por el contrario, su quehacer da pie para desde lo observado y encontrado, ejercer duros señalamientos a normas, conductas, liderazgos o gente del común.

Tengamos presentel que el Cortázar-*flâneur* discurre en la singularidad que él mismo crea para sí, siempre en medio de la heterotopía citadina y la multitud que le sirve de contexto. Cobrar distancia del contexto se hace imperativo, lo cual genera la impresión de aislamiento e individualismo, base de la acusación que al respecto incide sobre el *flâneur*. “La *flânerie* no es sólo la acción de pasear”, sostiene Songel. “Es más bien un punto de vista; no es mera práctica urbana. No hay *flânerie* sin crítica” (Songel, 2021,111). El tajante comentario de Songel es evidenciado por un Cortázar del que no escapó oportunidad para la denuncia oportuna, valiente y contundente.

El *flâneur* hace frente a la cultura de masas típica del capita-

lismo exacerbado y su consecuencia lógica, el individuo consumista. Entre las características de la Modernidad gana relevancia el afán de inmediatez, el vértigo de la rapidez, lo instantáneo, lo prefabricado, la velocidad cada vez mayor que envuelve al mundo contemporáneo y lo aliena y subordina a los relojes, al tiempo corrosivo e implacable. A todo esto reacciona el *flâneur*, en la consabida acción de practicar detenimiento, lentitud, contemplación en cámara lenta de una ciudad en cámara rápida, para no dejarse engullir por las máscaras cotidianas y responder desde un plano por completo diferente, crítico, personal.

Fiona Songel, otra vez, plantea una meridiana idea ante lo que venimos afirmando: “El *flâneur* es el individuo que planta cara a su manera a las instrucciones que impone la cultura de masas más comercial, aprendiendo a fijarse y apreciar la diferencia, así como a ser crítico con lo falso y con lo producido en serie” (Songel, 2021, 116).

“Apreciar la diferencia” y “ser crítico con lo falso” son modos en que Julio Cortázar, un *flâneur* a toda prueba, esgrime sobre la base de su literatura. Ya sea en el ámbito del pensamiento, del ensayo, o desde el plano de la narrativa y de sus libros *collage*, nuestro personaje da cuenta de la inconformidad, de la rebeldía y de la propuesta que está ahí para quien le preste atención. Sólo por dar algunos ejemplos, baste recordar algunos de sus trabajos ensayísticos. Nótese cómo desde los títulos se alude a la realidad -en estos casos latinoamericana- generalmente política y artística. Veamos: “Acerca de la situación del intelectual latinoamericano”, “El intelectual y la política en Hispanoamérica”, “Para Solentiname”, “América: exilio y literatura”, “La literatura latinoamericana a la luz de la historia contemporánea”, “Comunicación al Foro de Torún, Polonia”, “Realidad y literatura en América Latina”, “Mensaje al Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos”, “Nicaragua desde adentro”, “Palabras inaugurales al Diálogo de las Américas”⁵.

Palabras de cierre: Julio Cortázar, *flâneur* total

Cortázar ha sido un *flâneur* desde muy joven. Pasear fue la clave para aprehender otras cosas: aquello ajeno al universo cotidiano capaz de abrirse como una flor y mostrar otros ángulos de esto que llamamos realidad. Como hemos visto, el arte de la contemplación y la mirada puesta en lo necesario para la irrupción de lo que denominó “lo hondo” consistió en su hacer constante para el que jamás hubo renuncia.

La soledad y el silencio, de igual manera, se transformaron en compañeros de camino. Sin ambos nunca hubiese conseguido llegar a ser el *flâneur* que formó parte esencial de su personalidad. Soledad y silencio relativos a una psicología tendente a un individualismo en nada ajeno a lo social. Nuestro escritor cumplió a cabalidad con aquella máxima que reconoce lo individual sin desvincularse de la sociedad a la que humanamente se pertenece. Individual pero no asocial, en resumidas cuentas.

La estética cortazariana, sin lugar a dudas, exuda *flânerie*. Es a partir de semejante ejercicio como en gran medida echa mano de lo otro que atraviesa su obra de principio a fin. Nos referimos a

la noción del doble, de las casualidades que en el fondo no lo son, de lo que él mismo señaló como “figuras” y “constelaciones”, de las causalidades, de la intervención de lo onírico en el plano de la realidad cartesiana -sin los límites convencionales entre uno y otra- y, en fin, de la crítica constante que elevó incluso a tema fundamental de su escritura de ficción y asimismo ensayística, abarcando de igual manera a aquellas obras de género inclasificable.

El silencio y la soledad aludidos líneas arriba sirvieron para llegar al fondo de su búsqueda, es decir, para llegar a “entrever”, siempre desde el horizonte de aislacionismo que para ello defendió e hizo suyo. Tal entrevisión fue entonces brazo articulado de contacto, hondo y vivo, con la humanidad, con la sociedad de su tiempo, con las duras, injustas, tristes realidades de nuestro continente, pero también con lo poético y con lo hermoso, con la luz del amor necesario para labrar un mundo más vivible. La literatura fue la materia elegida para dar cuenta de lo que hemos esgrimido, y en ella el humor, la ironía, la crítica, el señalamiento del pus donde se hallara y el realce de lo noble en cualquiera de sus manifestaciones, acabó siendo presencia irrenunciable.

Como *flâneur* cantó a la calle, cantó a la ciudad, extrajo a partir de su conocimiento y búsquedas el barro imprescindible para la fragua de sus propuestas, poco vislumbrado por la mayoría. Lo compartió, moldeó con él formas que nos dio a conocer, y desde tales descubrimientos creó el universo de Cortázar, el mundo cortazariano, único, particular, inconfundible.

Flâneur total, hombre de la ciudad que del campo llegó a decir en palabras de alguno de sus personajes y que parafraseo ahora: ¿El campo? ¿Ese lugar donde los pollos se pasean crudos? *Flâneur* total cuya invitación a seguirle la pista permanece intacta, viva, lista para que develemos la médula de su imaginario, de sus pesquisas y de sus hallazgos, lista para tendernos la mano y acaso, si decimos sí y accedemos, abrazar también el otro lado de las cosas.

Referencias bibliográficas

- Arias Careaga, Raquel (2014). *Julio Cortázar. De la subversión literaria al compromiso político*. Madrid: Sílex.
- Baudelaire, C. (1995). *El pintor de la vida moderna*. Murcia: Caja Murcia.
- Benjamin, Walter (2013). *Obra de los pasajes*. En: *Obras*, libro V, vol. 1. Madrid: Abada Editores.
- Byung-Chul Han (2015). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Carrasco-Conde, Ana (2016). “El *flâneur*, el detective y el psicoanalista: transformaciones benjaminianas”. En: Marinas, José Miguel et al (2016). *La ciudad contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cortázar, Julio (1996). *Los astronautas de la cosmopista o un viaje atemporal París-Marsella*. México: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

5 Esta pequeña muestra de la obra ensayística de Cortázar se encuentra disponible en: Cortázar, Julio (2017). *Obra crítica*. Barcelona: Penguin Random House.

- (2016). *Historias de Cronopios y de Famas*. Madrid: Alfaguara.
- (2012). *Cartas 1937-1954*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- (2017). *Obra crítica*. Barcelona: Penguin Random House.
- Delgado, Manuel (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Songel, Fiona (2021). *El arte de leer las calles. Walter Benjamin y la mirada del flâneur*. Valencia: Barlin Libros.
- Hessel, Franz (2015). *Paseos por Berlín*. Madrid: Errata Naturae.
- Huart, Louis (2018). *Fisiología del flâneur*. Madrid: Gallo Nero.
- Iglesias, Brenda (2008). “Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad”. En: *Lo urbano en su complejidad: una lectura de América Latina*. Córdoba Montúfar, Marco (Coord.) Quito: FLACSO.
- Nietzsche, F. (2007). *Humano, demasiado humano*. Madrid: Akal.
- Rodríguez Herrero, Virginia (2016). “La calle, entre lo visible y lo invisible”. En: Rodríguez Díaz, Álvaro et al (2016). *Sociología por todas partes. Símbolos y representaciones sociales de lo cotidiano*. Madrid: Dykinson.
- Steiner, George (2009). *Extraterritorial. Ensayos sobre la literatura y la revolución del lenguaje*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.